

KARL MARX

Francisco Fernández Buey*

1

Karl Marx nació en 1818 en Tréveris (Trier), Renania, en el seno de una familia hebrea, rabínica por ambas ramas. Su padre, un jurista ilustrado que ejercía un cargo en representación de sus colegas ante los tribunales, hizo bautizar a los hijos por la Iglesia Evangélica en 1824.

Se ha discutido mucho acerca del reflejo en la obra de Marx de esta ascendencia judía. Pero la crítica histórica tiende a dar esta cuestión por saldada: no tiene fundamento la especulación que trata de explicar las ideas de Marx por su "judaísmo", pues ni la educación ni la cultura ni la inspiración principal de su obra fueron judías. El propio interesado no quiso hacer nunca cuestión específica del problema judío y la única vez que trató el asunto por extenso presentó a los judíos como víctimas y actores de la más general alienación social, la que, en su opinión, es característica de la mercantilización general de la vida en la sociedad capitalista

En la enseñanza secundaria, durante los años 1830-1835, sus profesores dejaron dicho de él que era estudioso, agudo y muy apasionado en el hacer y en el escribir. También elogiaron sus escritos sobre temas literarios y su capacidad como traductor, aunque alguno de estos profesores consideró que los ensayos del adolescente Karl Marx en alemán acusaban una exagerada búsqueda de la expresión

* Catedrático de la Universidad Pompeu Fabra, Barcelona, y profesor visitante de la UCA, 1994.

insólita y pintoresca. En 1835, al acabar los estudios preuniversitarios, aquel joven escribía, en las entonces acostumbradas y casi obligadas reflexiones sobre la elección de la carrera, estas palabras:

La carrera que hay que elegir es la que nos proporcione mayor dignidad posible y nos ofrezca el más amplio campo para actuar en beneficio de la humanidad y acercarnos a aquella meta general para alcanzar la cual todo lo demás es medio: la perfección /.../ Pues quien crea sólo para sí mismo tal vez puede convertirse en un célebre doctor, en un gran sabio o en un excelente poeta, pero no llegará a ser un hombre completo y verdaderamente grande <MEGA 1(2), 164: Hay una traducción italiana en *Scritti politici giovanili*, a cura di Luigi Firpo, Einaudi, Torino, 1974, págs. 483-484>

El mismo año 1835 Marx ingresó en la Universidad de Bonn para seguir estudios jurídicos, pero se interesó al mismo tiempo por temas filosóficos y artísticos. Se sabe que asistió a conferencias de August Wilhelm Schlegel sobre literatura antigua (Homero, Propertio) y a clases de F. G. Welcker sobre mitología. Al año siguiente, en 1836, se trasladó a Berlín y allí se prometió en secreto con Jenny von Westphalen (1814-1881). En Berlín, además de manuales jurídicos y filosóficos, leyó el *Laoconte* de Lessing y *La historia del arte en la Antigüedad* de Winckelmann; probablemente también leyó entonces (hacia el verano de 1837) la *Estética* de Hegel.

A los 19 años, en una carta que escribe a su padre el 10 de noviembre del 37, declaraba Marx, con cierto aire de juvenil derrota intelectual, la influencia en él de la filosofía hegeliana: el descubrimiento de que, a pesar de todos sus esfuerzos, la conclusión filosófica alcanzada era la primera palabra, o el punto de partida, del sistema hegeliano. Todavía hoy quien se ponga a leer las *Leciones sobre la filosofía de la historia universal* de G.W.F. Hegel comprenderá en seguida esta atracción singular.

Durante los años de estudiante universitario, Marx se hizo con una amplia cultura jurídica y filosófica, pero también escribió poemas varios, una novela humorística titulada *Escorpion und Félix* y un drama fantástico titulado *Oulanem*. En la novela humorística, que ha sido vista como un interesante intento de tratar cuestiones políticas en una forma literaria influida por Sterne y por Heine, hay numerosas alusiones a la Biblia, a Ovidio, a Winckelmann, a Goethe, al *Vicario de Wakefiel* de Goldsmith, al *Elixir del diablo*

de Hoffmann y a Shakespeare. Oulanem pone de manifiesto, entre otras cosas, la influencia que tuvo en el joven Marx la lectura del *Faust* de Goethe. Varios libros de poemas escritos entonces se han perdido, pero se conservan, en cambio, algunos poemas sueltos dedicados a Jenny von Westphalen. He aquí una muestra del estilo y del estado de ánimo del joven estudiante:

Nunca más flotaré sosegado;
el alma profundamente emocionada,
nunca más descansará plácida.
Lucho sin descansar /... /
Me envuelve una fuerza perpetua,
un rugido y un ardor incesantes
no me puedo conformar en la vida
ni andar con la corriente.
Quiero comprender los cielos,
impregnarme de los mundos
Y en el amor y el odio
Vibrar y seguir creciendo
Quiero alcanzarlo todo,
los favores de los Dioses,
adentrarme sin miedo en el saber
comprender música y arte.
Yo mismo los mundos inmóviles destruiré
porque no los puedo recrear
porque no escuchan mi llamada,
enmudecidos por el conjuro
¡Ay! los muertos y mudos miran
burlones nuestras hazañas
Nos derrumbamos y nuestra labor también
y ellos siguen andando
Pero no cambio mi destino por el suyo /.../

La orientación literario-filosófica del joven Marx ha sido calificada de romanticismo radical; su filosofía, de fichtiana. Los motivos de su poesía juvenil proceden de Schiller, de Novalis y en general de la poesía romántica alemana: de Wackenroder a E.T.A. Hoffmann. Franz Mehring dijo de aquellos poemas, en los que la pasión se desborda entre el estruendo de las grandes palabras altisonantes, que eran "románticos en el tono, pero sin la magia pro-

pia del romanticismo". Una opinión, ésta, no muy distinta de la que tenía el propio Marx cuando, ya en la madurez, bromeaba con Jenny a propósito de sus inflamados ejercicios juveniles: "Nada en ellos era natural, todo hecho de insensateces /.../ las reflexiones teóricas ocupaban el lugar de los pensamientos poéticos".

En 1839 Bettina von Arnim, exponente del nuevo romanticismo alemán, personaje celebrado un día por Goethe, visitó a Jenny von Westphalen y a Karl Marx en Tréveris. A juzgar por una poesía satírica titulada "Neumodische Romantik", que Marx escribió con ocasión de aquella visita, parece que el encuentro no contribuyó precisamente a reforzar la vacilante adhesión del joven Marx al romanticismo. Por otra parte, la crítica literaria de estas últimas décadas ha puesto de manifiesto la existencia de tendencias diversas e incluso contrapuestas en este joven Marx literato. En *Oulanem* y en el poema titulado "Menschenstolz" (Humana soberbia) se ha visto (I. Birchall, "The Total Marx and the Marxist Theory of Literature", en *Situating Marx*, al cuidado de Walton y Hall, Londres, 1972, pág. 136; S.S. Prawer, *Karl Marx and World Literature* cit. 23) una anticipación, en forma de imágenes, del concepto marxiano de "reificación" ("La acción propia del hombre —ha escrito Marx en *La ideología alemana*— se convierte en un poder ajeno él, que le sobrepasa y le subyuga en vez de ser dominado por el hombre"). "Humana soberbia" empieza, efectivamente, con la descripción de los inmensos edificios y de la desconcertante mezcla que caracterizan una ciudad moderna. Para el joven poeta el carácter opresivo de esta ciudad viene dado por el pensamiento de que estos edificios no han sido creados por sí mismos sino que han sido construidos por el ingenio humano: el ardor prometeico va precedido de una larga disertación sobre la incapacidad del hombre para sentirse a gusto en la ciudad del siglo XIX (MEGA I,1(2), 48-50).

La educación familiar jugó también cierto papel en la formación de Karl Marx. Su padre, persona de talante liberal ("un verdadero francés del siglo XVIII", en expresión de la que sería su nieta Eleanor), le orientó hacia la lectura de los ilustrados franceses (Voltaire, Diderot y Rousseau principalmente) y alemanes, así como en la disciplina del razonamiento jurídico; el padre de Jenny von Westphalen, con quien Marx tuvo una excelente relación, le

propuso algunas de las principales lecturas literarias en las lenguas originales: Homero y los trágicos griegos, Dante, Shakespeare y Cervantes. Es posible que la conversación con este hombre, de ideas saintsimonianas, haya significado para el joven Marx la primera atracción por ideas vagamente socialistas.

2

La redacción de la tesis doctoral sobre la filosofía griega y Epicuro, en 1838-1840, señala el paso definitivo de Marx a los estudios filosóficos. Por entonces el joven doctorando debió alentar la esperanza de hacer carrera universitaria. En seguida pasó a formar parte de un interesante "Club de los doctores" y sus colegas le consideraban como la gran promesa de la filosofía alemana. Pero la esperanza de Marx en hacer carrera universitaria en la Alemania prusiana duró poco. La exclusión de la universidad de los escasos amigos que podían ayudarle le empujó hacia el periodismo. 1842 es el año del fin de las ilusiones en una carrera universitaria y del comienzo del trabajo periodístico de Marx, quien empezó a escribir artículos para la **Rheinische Zeitung** (Gaceta renana de política, comercio e industria) de la que sería redactor jefe y director.

Su primer artículo publicado en la **Gaceta renana** estaba dedicado a la censura y muestra que entonces Marx se sentía implicado en una batalla no sólo periodística sino también en favor de la literatura, de la libertad de creación literaria. En cierto modo Marx hacía confluir en el canal del periodismo político energías que anteriormente se habían volcado en la poesía lírica o en la investigación estética. De aquellos artículos él mismo ha dicho luego que representaron el descubrimiento de "la anatomía de la sociedad". Y, en otro orden de cosas, representaron también el alejamiento de Marx de la tendencia romántica alemana. Menos conocida que estos datos es otra de las batallas en el campo de las ideas emprendida por Marx en la **Gaceta renana**. En este caso contra quienes pretendían eludir la censura camuflando sus opiniones políticas como crítica artístico-literaria: "Declaré que consideraba inoportuno, e incluso inmoral, meter de contrabando dogmas comunistas y socialistas, o sea, una nueva concepción del mun-

do, en incidentales críticas de teatro" (Carta a Arnold Ruge del 30 de noviembre de 1842, en MEGA I, 1(2), 286.

Al año siguiente, después de las primeras dificultades con la censura prusiana (en marzo del 43 la **Rheinische Zeitung fue prohibida**), Marx dimitió como director. Poco después se casó con Jenny von Westphalen (en junio de 1843, en Kreuznach) y se dedicó intensamente a estudios de historia y teoría política; volvió a ocuparse críticamente de la obra de Hegel, en particular de su filosofía del derecho y del estado. Entre las lecturas de Marx en aquellos meses hay que destacar: Maquiavelo, Rousseau, Montesquieu, Justus Möser y Francois René de Chateaubriand.

La correspondencia que en 1842-1843 mantuvo con Arnold Ruge muestra bien a las claras cómo encajó Karl Marx las primeras dificultades serias con las autoridades universitarias y con la censura y cómo se fue alejando del romanticismo elegíaco de algunos de sus amigos de entonces para convertirse en un filósofo con ideas propias, apasionado por la política e interesado por la economía. En el alma de aquel filósofo que estaba saltando de una clase a otra cabían por igual la crítica radical de la sociedad entonces existente y el optimismo histórico.

En mayo del 42, cuando el final de la carrera universitaria se ha hecho ya evidente, Marx comunicaba a Ruge su propio programa, presentándolo como un presente en marcha, en contrucción: *La humanidad doliente que piensa y la humanidad pensante que sufre se unen contra el filisteísmo. De ahí brotará un mundo nuevo. La esperanza sale de la desesperación.* Pero lo que ve el interlocutor amigo no es precisamente esta unión en marcha, sino un paisaje, más bien tenebroso, de deshumanización e insolidaridad. Ruge le escribe a Marx en marzo del 43:

Resulta duro, pero hay que decirlo porque es verdad: no conozco pueblo alguno tan desquiciado como el alemán. Ves artesanos, pero no ves hombres; pensadores, pero no hombres; señores y siervos, jóvenes y personas maduras, pero no hombres. Es como un campo de batalla en el que encontramos, amputados y revueltos, manos y brazos y toda clase de miembros, con la sangre derramada cuajándose entre la arena. Hölderlin en el Hyperion. Estas palabras podrían servir de lema a mi modo de sentir, pero desgraciadamente no es nada nuevo; las mismas cosas obran

de tiempo en tiempo de parecido modo sobre los hombres. Su carta /la de Marx/ es una ilusión. Su entusiasmo me deprime todavía más.

Y, como suele ocurrir, si el entusiasmo del amigo deprime al amigo el tono pesimista y elegíaco del interlocutor h lderliniano provoca una declaración contundente, sin reservas, del otro, del optimista histórico que quiere distinguir entre dogmatismo y convicciones profundas. Marx, influido por la filosofía de Feuerbach, pone, en septiembre del 43, el espíritu crítico y la independencia de criterio en el frontispicio de su programa de reforma moral e intelectual:

En esto precisamente consiste la ventaja de la nueva tendencia: nosotros no anticipamos dogmáticamente el mundo, sino que queremos encontrar el mundo nuevo a partir de la crítica del viejo. Hasta ahora los filósofos habían tenido lista en sus pupitres la solución de todos los enigmas, y el estúpido mundo exotérico no tenía más que abrir su morro para que le volasen a la boca las palomas ya guisadas de la Ciencia absoluta. Ahora la filosofía se ha mundanizado. La demostración más evidente de ello la da la misma conciencia filosófica afectada por el tormento de la lucha no sólo externa sino también internamente. No es cosa nuestra la construcción de futuro o de un resultado definitivo para todos los tiempos; pero tanto más claro está, en mi opinión, lo que nos toca hacer actualmente: criticar sin contemplaciones todo lo existente; sin contemplaciones en el sentido de que la crítica no se asuste ni de sus consecuencias ni de entrar en conflicto con los poderes establecidos.

De ahí que no está a favor de plantar una bandera dogmática; al contrario: tenemos que tratar de ayudar a los dogmáticos para que se den cuenta del sentido de sus tesis.

Si hay algo a lo que valga la pena llamar marxismo eso algo nació de este talante, como vi  muy bien, por cierto, el poeta y dramaturgo Bertolt Brecht y como recordaba hace ya algunos años el marx logo Maximilien Rubel.

3

En 1844 Karl Marx está exiliado en París. En los meses siguientes Ruge y Marx se embarcan en la tarea de publicar Deutsch-

Französische Jahrbücher (Anales franco-alemanes), pero sólo saldría un número, en el que aparece precisamente la correspondencia a la que acabamos de hacer referencia (con otros otros intercambios epistolares de Marx y Ruge con Bakunin y Feuerbach) y dos ensayos del propio Marx: una introducción a la contribución a la crítica de la filosofía del derecho y un artículo sobre la cuestión judía. La crítica al idealismo de la ciencia absoluta hegeliana ha llevado al filósofo a interesarse por los teóricos de la economía. Empieza a leer a los economistas clásicos (Smith, Ricardo) mientras sigue dedicado al periodismo político. Fruto del interés del filósofo periodista por las ideas económicas son los cuadernos redactados en París durante ese mismo año que se conocen con el nombre de **Manuscritos económico-filosóficos**. En París nace la primera hija de Karl y Jenny y ambos conocen al que en lo sucesivo iba a ser el mejor amigo de la familia: Federico Engels.

Los tres años siguientes fueron de muchísima actividad y acabarían determinando la orientación de la vida de Marx. En el 45 y el 46 le nacieron dos hijos más: Laura y Edgar. Visitó Bruselas e Inglaterra, entró en contacto con los proletarios, se unió a uno de los primeros grupos comunistas de la época (la Liga de los Justos) y, a través de la crítica de las ideologías entonces imperantes en Alemania, fue dando forma a un pensamiento propio que incorporaba conocimientos de muy distintas áreas del saber: filosofía, historia, economía, lo que hoy llamaríamos sociología y ciencia política, etc. Ya entonces Marx tenía entre los suyos fama de "devorador de libros".

Entre el 44 y el 47 Marx escribió mucho, pero casi todo lo que escribió (sólo o con Engels) le pareció aún insuficiente, cosa hecha para asimilar y criticar ideas y creencias de otros o para ir articulando, tentativamente, la propia composición de lugar en asuntos esenciales de la vida económica, social, cultural, histórica y política. Por eso, porque consideraba aquellos papeles como "materiales" preparatorios (y porque Marx fue siempre muy riguroso con la forma que habían de tener los textos de orientación filosófica o científica) los dejó expuestos a la "roedora crítica de las ratas". Pese a lo cual se han conservado. De entre los escritos de este período son de notar **La sagrada familia**, **La ideología alemana** y las **Tesis sobre Feuerbach**. En ellos destacan tres cosas: la reelaboración del

concepto de **alienación**, la acuñación de un nuevo concepto de **ideología** y la primera aproximación al concepto de **comunismo** moderno.

4

El concepto de **alienación** ocupa un lugar central en los manuscritos (económico-filosóficos) redactados en París, en 1844, y que representan una síntesis de la crítica filosófica, la económica y la política. Este concepto tenía ya su pequeña historia en la filosofía alemana. Hegel entendía por alienación (o mediación) el proceso por el cual el ser se constituye en objeto; alienación era, por tanto, en la filosofía de Hegel, realización, hacerse cosa, un paso imprescindible para ser de verdad y para ser dueño de sí mismo, una vez superada la escisión entre el ser sólo sujeto y el ser sólo objeto. Feuerbach dió otra acepción al mismo término: el hombre se aliena al tomar por ser ajeno lo que es construcción propia, se pone a sí mismo en otro, al que transfiere sus potenciales virtudes; alienación se equipara en Feuerbach a creencia religiosa.

El concepto marxiano de alienación incorpora la dimensión económica y se materializa, por así decirlo. Se diferencia del concepto de Hegel por el punto de vista materialista con que se formula; y se diferencia del de Feuerbach porque cobra mayor extensión o amplitud al salir del ámbito de la religiosidad. Para Marx, la alienación es un hecho que, en la sociedad capitalista, corroe toda la vida de las gentes, desde los sentidos hasta la inteligencia. La raíz de la alienación se encuentra en el carácter cosificador, mercantilizador, que tiene el trabajo en nuestras sociedades. En ellas no sólo se divide o diferencia el trabajo por la simple y cambiante razón de lograr la mayor eficacia productiva en cada caso, sino que a esta división, que podemos llamar **técnica**, se superpone otra: la de la sociedad en clases de individuos definidas por la peculiar relación de cada una con los medios de producción, esto es, con los bienes destinados a producir más bienes (tierra, energía, utensilios, máquinas, etc.). Esta otra división del trabajo es una división **social**.

Marx observó que tal división tiende a hacerse fija y permanente en el capitalismo (más tarde añadiría que la división social tam-

bién cambia de forma con la evolución de este sistema socio-económico). Pues bien: la alienación humana básica, la alienación del trabajador en el trabajo, se generaliza y se agudiza en este modo de producir y de vivir: el trabajo, y, con él, el trabajador, se convierte en objeto de compra-venta, en una mercancía más, y el producto del trabajo en cosa ajena al trabajador. La división de la sociedad en dos clases principales y polarizadas es el correlato social de la completa mercantilización de la vida, de su alienación extrema. En las modernas sociedades divididas en clases el dinero, en tanto que equivalente general para el intercambio de mercancías, pasa a ser el instrumento de esa desnaturalización del vivir, se convierte en un fetiche, en el símbolo principal del desvivirse de los hombres.

Se dice a veces que en *La ideología alemana* (1845) Marx trató de elaborar (con Engels) una nueva teoría de la ideología. Eso es inexacto. Lo que Marx se proponía en aquellas fechas, de acuerdo con el programa enunciado en la carta a Ruge, en el 43, era **una crítica de las ideologías**, una crítica filosófica que, para hacer honor precisamente a la idea de "criticar sin contemplaciones todo lo existente", tenía que ser paralela y simultánea a otras dos: la crítica de la economía política (en tanto que ideología imperante en el campo económico) y la crítica de la política *sensu stricto* (en tanto que la política aparecía como racionalización de la explotación y de la opresión en nombre del capitalismo liberal y de los derechos del hombre).

Aunque Marx, que era un clásico nada amigo de las modas, abandonó, por modestia científica, el manuscrito de *La ideología alemana* a otra crítica radical, la de las ratas, lo allí logrado fue importante para su maduración intelectual. La crítica de las ideologías (junto con la importancia concedida a la economía) trajo como consecuencia, una nueva forma de entender el filosofar. Vale la pena subrayar esto hoy, en un momento en el que predomina la fragmentación de los saberes académicos en compartimentos estancos: la economía política, el análisis económico-social, ha contribuido a fecundar la vieja filosofía mundanizándola, haciéndola volver a lo concreto.

En efecto, el objetivo logrado a partir de esta crítica de las ideologías fue doble: hacer bajar a la filosofía desde las etéreas alturas

de la especulación sobre el espíritu absoluto, sobre la esencia de la religión o sobre la consciencia de los hombres en general hasta convertirla en filosofar, pobre y desnudo, acerca de la realidad, de lo que hay, sobre el suelo mismo de la vida entre hombres que intercambian capital por fuerza de trabajo y luego, por las noches, se dividen nuevamente para divertirse, morar, sufrir o reproducirse en barrios distanciados, casi siempre (entonces y a veces ahora) separados por ríos, muros o amplias avenidas.

Se ha dicho que al hacer esto el materialista Marx introdujo el determinismo económico en el mundo moderno, la idea de que lo económico determina todo lo demás. Pero tal afirmación también es inexacta. El determinismo económico real es un producto del capitalismo. El determinismo económico real, aquello que hace que los hombres tengan **necesariamente** que desvivirse por lo económico (hablando con más propiedad: por lo crematístico), es la mercantilización cuasiuniversal de todo lo divino y lo humano que ha supuesto el capitalismo histórico. Fue el capitalismo, no Marx, quien "ha ahogado en el agua helada del cálculo egoísta el santo escalofrío de la mística piadosa". Lo que hizo Marx fue tomar nota de esta novedad histórica. Y criticar sin contemplaciones, eso sí, toda pretensión (de los filósofos primero, de los economistas un poco después y de los políticos siempre) consistente en dorar tal píldora presentándolo como el mejor de los mundos posibles o el menos malo de los mundos por existir. La vocación científica de Marx arranca de ahí: de la crítica de lo que hay a partir de la crítica de las idealizaciones (interesadas o no es otro asunto) de una realidad que para muchos (y particularmente para los obreros de la industria) era insoportable. Por eso Marx llamó ilusos a los filósofos alemanes que aspiraban a la Ciencia absoluta, y llamó "cínicos" a los economistas ingleses que se limitaban a analizar la estructura económica de la sociedad de la época sin criticar el lado malo del progreso industrial e ignorando los sufrimientos de los trabajadores de la industria.

El tercer concepto que contribuyó a perfilar Marx en aquellos años, entre París y Bruselas, fue el de **comunismo moderno**. El autor de los **Manuscritos del 44** entiende que comunismo es igual a libertad. Pero a libertad en una forma muy concreta: no sólo libertad negativa, o sea, ausencia de constricción política o exter-

na, sino también libertad positiva, esto es, posibilidad del desarrollo omnilateral de las facultades del hombre. La idea de comunismo moderno estaba naciendo entre los trabajadores franceses y alemanes como respuesta crítica a una forma de producir y de vivir que era sentida por los afectados como intolerable. En **La situación de las clases trabajadoras en Inglaterra** Engels había trazado un cuadro verídico y conmovedor al respecto. Médicos sensibles, filántropos amables y personas de diferente formación, pero preocupadas por lo social, coincidieron, en la década de los cuarenta, en deplorar las condiciones de vida de los trabajadores de la industria.

Ateniéndose a aquellas críticas Marx concibió el comunismo moderno como superación de la alienación del trabajo y de la división social fija que caracterizaba al capitalismo. Así pues, el término comunismo designaba en primer lugar, y sobre todo, el movimiento real de los trabajadores anticapitalistas. Comunismo era la "pasión razonada" de los trabajadores. En la configuración de la filosofía político-moral de Marx influyeron poderosamente dos factores: la insurrección de los tejedores de Silesia y el trato con los primeros núcleos de obreros organizados en París. En las reuniones de éstos supo ver Marx la trascendental importancia de la compañía, de la ayuda mutua, de la asociación entre iguales, hasta el punto de subrayar la aparición de una nueva necesidad: **la necesidad de comunidad**. Las reuniones de los obreros comunistas de París parecen haber confirmado a Marx en su optimismo histórico. A propósito de ellos escribió: *«Aquí/la fraternidad de los hombres no es palabrería, sino verdad, y desde estas figuras endurecidas por el trabajo nos ilumina la nobleza de la humanidad»*.

Fue precisamente la prolongación, y, tal vez, también la generalización idealizada de aquella virtud de la fraternidad obrera en comunidad (¿pero quién no se enamora de la virtud vivida en otros?) lo que llevó a Marx a postular el comunismo no precisamente como un nuevo modo de producción sino como una nueva cultura, como un nuevo modo de vivir, como una nueva red de relaciones sociales, como una sociedad alternativa, **de personas**, y de personas iguales: una sociedad por hacer en la que los sujetos volverían a tener entidad propia, dejarían de estar alienados, desnaturalizados, para establecer de verdad relaciones entre humanos

enteros, no entre seres demediados, mitad persona/mitad mercancía.

Esta idea de comunismo moderno alcanzaría, claro está, mayor perfil en otras obras posteriores de Marx, empezando por la más conocida, el **Manifiesto comunista**; pero conviene subrayar aquí que nuestro autor, el Marx de los años cuarenta del siglo pasado, identificaba comunismo con despliegue o desarrollo omnilateral de las capacidades humanas. Pues Marx sabía que había habido ya algunas otras formas históricas de "comunismo", más o menos primitivo (se hablaba entonces del "comunismo" existente en Perú antes de la llegada de los españoles o del "comunismo" de la isla de Java), formas vinculadas a la ausencia de necesidades por carencia y a la ignorancia de los hombres.

En los **Manuscritos de París**, en el 44, había escrito a tal respecto:

*Este comunismo <el comunismo basto, tosco, inconsciente> que lo recorre todo negando la personalidad del hombre no es sino consecuente expresión de la propiedad privada, que es esa misma negación. La envidia universal y constituida en poder es la forma larvada en que se produce y en que se satisface la codicia, si bien de otro modo. La idea de la propiedad privada como tal siempre se ha vuelto por lo menos contra la propiedad privada más rica en la forma de envidia y ansia de nivelación, hasta el punto de que éstas constituyen incluso el núcleo de la competencia. El comunismo basto no es más que el colmo de esta envidia, de esta nivelación. Su punto de partida es la idea de un **minimum** y, por tanto, tiene su medida delimitada, precisa. Esta supresión de la propiedad se halla lejos de ser una apropiación real, como lo demuestra su abstracta negación del mundo entero de la cultura y de la civilización, así como la vuelta a la simplicidad antinatural de un hombre pobre y sin necesidades, que no sólo no ha superado la propiedad privada, sino que ni siquiera ha llegado aún a ella. /.../ La primera superación positiva de la propiedad privada, el comunismo basto, no es más que una de las formas en que aparece la vileza de la propiedad privada, que trata de establecerse como la comunidad positiva (El subrayado es mío:FFB).*

Si lo escrito y no publicado por Marx en aquellos años tenía carácter polémico, polémica es también la **Misére de la philosophie**, redactada en París, durante el invierno de 1846 a 1847 y editada en esta última fecha. **Miseria de la filosofía** es una réplica a la **Filosofía de la miseria** de Pierre Joseph Proudhon, teórico socialista con quien Marx había establecido relación durante su exilio en Francia. Por la vía negativa, crítica, una vez más, Marx perfila en esta réplica a Proudhon su propio pensamiento: trata de elevar la pasión moral anticapitalista a análisis científico de la realidad, aclara en qué acepción le parece aceptable el método dialéctico hegeliano, continúa distanciándose de las ideologías filosóficas y da su propia versión de la teoría del valor-trabajo elaborada por David Ricardo. En la comparación entre la "retórica" del teórico francés y el "lenguaje sencillo, claro y preciso" de Ricardo, Marx se queda con el economista. Y ello, a pesar de que consideraba "cínico" el punto de vista del autor de los **Principios**. Ya entonces el "cinismo científico" de Ricardo era para Marx un reflejo del "cinismo de los hechos". Con la **Miseria de la filosofía** Marx estaba dando, pues, otro paso hacia la valoración de la importancia del análisis económico en la comprensión de las relaciones sociales.

En noviembre de 1847 Marx y Engels recibieron de la Liga de los comunistas (antes llamada de los justos), de la que formaban parte, el encargo de redactar el **Manifiesto**. En 26 páginas escribieron una memorable síntesis crítica de lo que representaba el capitalismo en el marco de la historia de la humanidad. Los autores del **Manifiesto** veían la historia de la humanidad como una lucha ininterrumpida, oculta unas veces, abierta otras, que terminó cada vez o con una transformación revolucionaria de toda la sociedad o con la ruina común de las clases en lucha. Bajo el capitalismo se produce un enorme crecimiento de las fuerzas productivas y de la riqueza, pero al mismo tiempo una considerable destrucción de los lazos personales, cualitativos e individualizados de las personas:

/La burguesía/ha ahogado en el agua helada del cálculo egoísta el santo escalofrío de la mística piadosa, del entusiasmo caballeresco, de la melancolía de los ciudadanos medievales. Ha disuelto la dignidad perso-

nal en el valor de cambio./.../ Ha colocado en el lugar de la explotación envuelta en ilusiones religiosas y políticas, la explotación abierta, desvergonzada, directa, a secas.

La historia de la industria y del comercio hasta 1840 aparecía en aquel texto como historia de la contraposición entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción modernas. Un factor destacaba sobre todos los demás al poner en tela de juicio la continuidad de la existencia de la sociedad burguesa: las crisis comerciales periódicas. Los autores del **Manifiesto** subrayaban allí algo que todavía en la actualidad sigue viéndose como un escándalo, a saber: que en las crisis comerciales se destruye regularmente no sólo una gran parte de los productos conseguidos con esfuerzo (ayer, casi siempre, productos de la tierra; hoy, productos de la tierra y de la industria, a veces con obsolescencia ya incorporada al ser producidos) sino incluso una parte de las fuerzas productivas ya creadas (empezando por la fuerza productiva altamente cualificada llamada hombre). Marx denominaba a esto "la epidemia de la sobreproducción". Pero los autores del **Manifiesto** ponían el acento en las consecuencias culturales de tales crisis: "**La sociedad**" —escribieron— "**se ve retrotraída repentinamente a un estadio de barbarie momentánea; parece como si la miseria o una guerra mundial de exterminio la hubieran privado de todos los víveres; la industria y el comercio parecen destruidos. Y por qué. Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiados víveres, demasiada industria, demasiado comercio**".

Interesante es también la caracterización que en el **Manifiesto** se hace de la forma en que la clase dirigente suele dominar las crisis: imponiendo, por una parte, como se ha dicho, la aniquilación de una gran masa de fuerzas productivas, lo que da lugar a la creación de un amplio "ejército de trabajadores de reserva" para el nuevo ciclo; conquistando, por otra, nuevos mercados y explotando más profundamente los antiguos. En opinión de Marx, es precisamente este conflicto interno (o sea, esta contraposición de tendencias simultáneas entre la producción y la destrucción que hace del capitalismo una "plétora miserable", una comunidad rota por la desigualdad) lo que acabará creando las condiciones materiales y espirituales de posibilidad para abolir y superar el sistema. Así se entiende que los autores del **Manifiesto** pudieran escri-

bir una frase tan lapidaria como ésta: "La burguesía ha engendrado a los hombres que empuñarán las armas que la darán muerte, los trabajadores modernos, los proletarios". Que tal cosa llegara realmente a ocurrir depende para Marx y Engels todavía de otro factor: que los proletarios tomaran consciencia de tal posibilidad combatiendo unidos contra el mal que les oprimía. De ahí la divisa célebre: "Proletarios de todos los países, uníos". Menos célebre, por menos recordada, es la afirmación con que el **Manifiesto** concluye la propuesta de medidas socioeconómicas alternativas a la sociedad existente en 1847: **la conquista de la democracia** (hoy diríamos: la profundización, en el ámbito de lo económico y de lo social, de las libertades políticas de los ciudadanos).

7

El **Manifiesto** vió la luz muy poco antes de las revoluciones europeas de 1848. De manera que los hechos parecían confirmar sus previsiones. Pero, como ha ocurrido tantas veces con la protesta de las pobres gentes que se levantan en nombre de la libertad y de la igualdad, las revoluciones del 48 fueron derrotadas. Y con esta derrota empieza una nueva fase en la vida de Marx: años — los que van de 1849 a 1866— difíciles, años de polémicas y controversias con aquella parte de la humanidad sufriente y pensante que no quería admitir la derrota o el efecto psicosocial de la derrota; para Marx, establecido en Londres desde 1850, fueron éstos años de estudio, de lectura (metódica y ordenada en la biblioteca del Museo Británico) de montañas de libros y legajos sobre los temas más diversos: económico, estadístico, político, antropológico, geográfico, sobre debates parlamentarios; años de preparación de los materiales para la redacción definitiva de lo que Marx consideró siempre la obra de su vida, **El capital**, la crítica de la economía política; años, también, de dedicación, nuevamente, al periodismo para malganarse la vida y a la polémica política (a veces con la protesta desesperada de Engels, quien veía en la constante reproducción de tales polémicas una paralización del trabajo científico del amigo).

Años, en suma, de investigación y de resistencia moral.

Marx trabajó durante catorce o quince años, con pocas inte-

rupciones, en la preparación de lo que acabaría siendo el volumen primero de **El capital**. Un trabajo de tales dimensiones parece que merece el nombre de "investigación", aunque muchos de los que hoy investigan durante el cuatrimestre libre en nuestras facultades de economía tiendan ahora a negar tal título al trabajo del viejo trueno. En cualquier caso, también es verdad que Marx consideró aquel trabajo científico suyo, aquella investigación de economista sobre el economizar realmente existente bajo el capitalismo, como la fundamentación de una práctica integralmente social. En su obra, Marx trató de hacer complementarias teoría y decisión político-moral, proposiciones sobre lo que hay y valoraciones, probablemente porque, como él mismo dijo en cierta ocasión que viene al caso, "para entender las insurrecciones obreras hace falta cierta penetración científica y algo de amor a los hombres" (Subrayo lo segundo, si me lo permiten, porque en lo de la penetración científica para entender las manifestaciones sociales todos estamos de acuerdo hoy en día. En cambio, en aquello otro del "algo de amor a los hombres" no suelen fijarse mucho sus intérpretes de ahora, pues se tiende a leer la obra de Marx como si se tratara de un científico amoralista, candidato a hacer de caricatura de la desvinculación axiológica weberiana, el cual, de tarde en tarde, escribiera panfletos incendiarios para librarse del malhumor que le producían sus forúnculos).

8

En su obra principal Marx analiza el capitalismo como un sistema basado en la separación entre trabajo y medios de producción, la cual separación funda otra división: la que existe entre una clase de capitalistas propietarios y una clase de trabajadores que no tienen nada. El capitalismo es, pues, un sistema constituido por clases en conflicto y no (o no sólo) por un mercado entendido como palestra libre para la contratación en la que los individuos afirman las propias preferencias y defienden los propios intereses. Pero puesto que este sistema social basado en la separación de capital y trabajo perdura históricamente hay que descubrir las reglas de su supervivencia, las verdaderas condiciones del equilibrio del sistema económico. Esta es la razón por la que no es suficiente ni conveniente quedarse en la denuncia del sistema en términos morales

("la propiedad es un robo", "la mercantilización es un escándalo", "la expansión del dinero es la liquidación de los sentimientos y de la sensibilidad"). De lo que se trata para Marx es de explicar racionalmente las condiciones de reproducción del sistema. Y éste es el objetivo del análisis macroeconómico que se llamó crítica de la economía política. Por cierto, este análisis macroeconómico es economía+sociología+historia+filosofía, aunque la primacía teórica, por así decirlo, la tiene, en última instancia, la vertiente económica.

El análisis macroeconómico del capitalismo se hace —y así lo declara Marx explícitamente— desde un punto de vista de clase. En el contexto de la redacción de *El capital* Marx presenta el método dialéctico, la dialéctica, como elemento intelectual diferenciador de su trabajo científico por comparación con el de otros economistas. En realidad, en lo que hace a la captación y elaboración de los principales datos económicos que integran *El capital*, Marx trabajó de una forma muy parecida a como lo hacían y lo hacen habitualmente los economistas en general. Por ello, hablando con propiedad, "dialéctica" no se debe entender como un "método"; es más bien un punto de vista, un programa, un estilo intelectual, y también un procedimiento de coronación de resultados científicos, o, si se prefiere, una forma arquitectónica de exposición del resultado logrado en la investigación empírica que incluye la reflexión filosófica más general acerca de ellos. Precisamente porque "dialéctica" no es tanto un "método" (en la acepción que hoy damos a esta palabra) cuanto un estilo y un punto de vista (insisto: de clase, favorable a una clase social) pudo escribir Marx, en el epílogo a la segunda edición de *El capital*, que, en "su forma racional", aquélla, la dialéctica, era "un horror para la burguesía". No es seguro que haya estilos intelectuales o puntos de vista que horroricen a clases sociales enteras. Pero sí es seguro que ningún "método", en el sentido convenido de la palabra, logrará nunca tal cosa.

Desde este punto de vista dialéctico el proceso económico capitalista aparece como un circuito monetario comprensible en los términos siguientes, que tomo del economista italiano Augusto Graziani: 1° Sin medios de producción los trabajadores no pueden poner en marcha actividad productiva alguna; 2° Por su parte, las

empresas sólo pueden hacerlo después de haber adquirido fuerza de trabajo, para lo cual necesitan una financiación monetaria procedente del sector bancario que reintegrarán cuando, habiendo vendido las mercancías producidas, entran en posesión del equivalente en moneda; pero 3º La moneda no es un simple intermediario del intercambio introducida como perfeccionamiento técnico del mismo; la moneda es, en el capitalismo, el capital inicial de que se vale el empresario para adquirir fuerza de trabajo; por consiguiente, la moneda —en tanto que capital—, o la circulación monetaria, no sólo agiliza el intercambio y las relaciones comerciales, sino que cumple la función de poner en relación a la clase de los capitalistas con la clase de los trabajadores.

La definición del proceso económico como circuito monetario permite también analizar el fenómeno de las crisis como paralización o detención de aquel mismo circuito. Nada garantiza, en efecto, que en el curso del proceso económico las rentas monetarias percibidas sean gastadas enteramente. De modo que cuando, por razones varias, la riqueza monetaria deja de fluir, el circuito se para y se produce una crisis. La crisis se manifiesta en seguida mediante la presencia de mercancías producidas y no vendidas. Si la crisis se prolonga, el volumen de producción acaba adaptándose al nivel de la demanda y el fenómeno de las mercancías no vendidas desaparece. Pero al llegar a cierto punto la crisis se manifiesta sólo en el mercado de trabajo en forma de desocupación.

De acuerdo con esta reconstrucción de la teoría marxiana del proceso económico como circuito monetario, y a diferencia de lo que postulan otras teorías económicas, la desocupación sólo desaparece cuando los empresarios deciden ponerle fin volviendo a poner en movimiento el proceso productivo. De donde se sigue la posibilidad (tantas veces realizada) de un uso capitalista de lo que llamamos crisis económicas.

9

Desde la publicación del primer volumen de *El capital* hasta 1883 Marx intervino en varias de las grandes controversias del movimiento obrero europeo de la época. Jugó un importante papel en la fundación y evolución de la Asociación Internacional de

Trabajadores entre 1864 y 1871. Orientó a los principales dirigentes de la socialdemocracia alemana en la década de los setenta y discutió algunos de sus documentos fundacionales. Cuando en los días de la Comuna de París oyó por primera vez de labios de los poderosos la vieja frase según la cual "la legalidad nos mata" (a los poderosos, por supuesto) Marx acentuó su crítica del liberalismo vergonzante, del liberalismo realmente existente en Francia, en Inglaterra y en Alemania. Su estilo (al comparar la retórica de las declaraciones jurídicas con la represión efectiva de la organización de los trabajadores) pasó a ser entonces el "sarcasmo apasionado". Es en este sentido en el que puede decirse, como lo hizo Antonio Gramsci, que el marxismo se convirtió en una "herejía" del pensamiento político liberal del que había nacido.

Esa es también la época en que Marx advirtió el nuevo papel que los Estados Unidos de Norteamérica empezaban a jugar en la economía mundial y aplazó la publicación de sus investigaciones económicas para analizar con el detalle requerido este proceso. En la década de los setenta Marx se interesó profundamente por la evolución socioeconómica que se estaba produciendo en Rusia después de la liberación de los siervos. Aquel hombre, que siempre había pensado que el absolutismo ruso, durante siglos, sólo tuvo política exterior (y que llegó a escribir que todos los rusos emigrados eran policías o agentes secretos) actuó, paradójicamente, en la Internacional como representante de los nuevos revolucionarios rusos y declaró que por entonces (1874) empezaba de verdad "la historia interior rusa". Tanto le apasionó a Marx el entrecruzarse, en Rusia, de las formas culturales premodernas con la expansión acelerada de los ferrocarriles y con la nueva teoría que estaba brotando allí de la mezcla entre socialismo y populismo revolucionario que, siendo ya viejo, se puso a estudiar etnología y aprendió la lengua rusa para conocer mejor las posibilidades del socialismo en un marco caracterizado por la conservación relativa de las viejas comunidades rurales. Precisamente a partir de aquellos estudios y de su diálogo con los amigos rusos, que le visitaban en Londres o le escribían desde san Petersburgo, empezó Marx a matizar la idea del desarrollo histórico que se había hecho en la década de los cincuenta al analizar lo que había sido el hogar clásico del capitalismo europeo.

Este Marx crepuscular, todavía poco conocido, estaba ya muy lejos de aquel otro Marx que escribió en el primer volumen de **El capital** el canto (funerario sí, pero canto) del progreso capitalista. Tan lejos que a finales de los años setenta llegó a presentar como ejemplo para europeos occidentales el pensamiento de N. G. Chernichevski, un hombre, querido por los populistas, que había escrito: "La historia es para nosotros como una vieja abuela que siente un gran amor por sus nietos más pequeños. **A los que a ella llegan tarde** no les da los huesos (para romper los cuales la Europa occidental tuvo antes que desollarse las manos), sino **medullam ossium**".

<Testimonio del aprecio de Marx por "el gran sabio y crítico ruso" es el postfacio a la segunda edición alemana de **El capital**. G. Lopatin (1845-1918) nos ha dejado este recuerdo: "/¿Marx/ me dijo más de una vez que de todos los economistas actuales Chernichenski es el único pensador realmente original, pues todos los demás son simples compiladores; que los libros de Chernichenski, plenos de pensamientos orginales, sólidos y profundos, son en esta rama las únicas obras modernas que realmente merecen ser leídas y estudiadas; que los rusos deberían avergonzarse de que no haya habido ningún compatriota que se haya ocupado de dar a conocer este gran pensador a Europa; que la muerte política de Chernichenski es no sólo una pérdida para el mundo científico de Rusia, sino también para toda Europa" (en **Recuerdos de Marx y Engels**, Moscú, s, f, pág. 210, citado en la presentación por M. Rubel de Youri Steklov, "Les influences occidentales dans la conception du monde de Tchernychvski", **Economies et sociétés**, tomo VII, n° 10, octubre 1973)>

Teniendo en cuenta la gran influencia que los marxismos llegaron a tener entre 1890 y 1920 es posible que en este cambio de opinión de Marx sobre los rusos haya estado una de las claves de la historia de Europa en el siglo XX. Karl Korsch sugirió esa hipótesis en una de las más interesantes intrerpretaciones de la obra de Marx que se han escrito hasta ahora. Pero esto es ya otro asunto. Para lo que nos ha traído aquí hay que decir que en los diez últimos años de su vida Marx siguió trabajando en lo que llamaba "mi obra", en lo que tenía que haber sido la segunda y tercera parte de **El capital**. Pero aunquedejó un material inmenso sobre

historia de las ideas económicas y de análisis particularizado de fenómenos económicos concretos (material que sería publicado en varios volúmenes después de su muerte) lo cierto es que el libro de su vida quedó sin concluir.

Puede parecer paradójico pero es así: la obra de Karl Marx, tantas veces juzgada como una doctrina dogmática, fue en realidad una crítica (de la filosofía como ideología, de la política como racionalización de lo hecho desde el poder, de la economía política como análisis sin más, como justificación de lo que hay). Y lo que es más importante: una crítica inacabada, inconclusa. Escrita, además, por un economista-filósofo cuyo lema fue siempre: **Hay que dudar de todo**. Da qué pensar el que la mayoría de sus discípulos no hayan dudado nunca de nada. La transmisión de las ideas de los grandes es un misterio.

